

¿Y qué es lo que ha pasado en esos cincuenta años? Benevento, Spoleto y Perugia, adonde fuisteis enviado sucesivamente en calidad de Delegado Apostólico muy poco después de vuestra primera Misa, fueron el principio de esa gloriosísima carrera que os elevó al Pontificado.

Pronto reorganizasteis la administración pública en todos sus ramos; el vandalismo, amparado por los poderosos, fué vencido, y, lo que es digno de llamar la atención, las cárceles de la populosa Perugia quedaron deshabitadas.

La habilidad y energía, no comunes á un joven, con que gobernasteis aquellas provincias, os valieron las felicitaciones del Santo Padre, los homenajes del Rey de Nápoles, y que el pueblo, contristado, se organizara en procesiones públicas de penitencia, para pedir al Cielo vuestra salud, amenazada de muerte por peligrosa enfermedad. El Señor oyó aquellas oraciones, y visitado que fuisteis por el Santo Padre al recorrer sus Estados, admirado de vuestros méritos y servicios, os preconizó, en 20 de Enero de 1843, arzobispo de Damietta, á fin de enviaros á Bruselas con el carácter de Inter-Nuncio, siendo consagrado en Roma el 19 de Febrero antes de cumplir los treinta y tres años.

III.

Et dabo vobis pastores juxta cor meum, et pascent vos scientia et doctrina.

(Jer. III, 15).

Llegasteis á Bruselas el 6 de Abril del mismo año; y en tan elevado puesto desplegasteis toda la actividad que era de esperarse de vuestra ilustración y piedad. Y así, las comunidades, especialmente la del Sagrado Corazón, vuestra predilecta, los establecimientos católicos todos, las casas de

beneficencia, las escuelas y universidades, son otros tantos testimonios de vuestro gran celo por la gloria de Dios, bien de las almas y consuelo de los desgraciados.

Animado de irresistible amor hacia la instrucción de la juventud, os ocupabais aun en los más insignificantes pormenores de las escuelas y colegios, que visitabais frecuentemente, haciéndoos de esta manera el objeto de ardientes ovaciones, que la juventud estudiosa os tributaba en todas partes.

Dotado de sorprendente actividad, recorrísteis, entre otras muchas poblaciones, Namur, Lieja, Brujas, Lovaina, Gante, y también la Holanda y Riberas del Rhin, dejando siempre gratísimos recuerdos, por que doquier hacíais sentir vuestra benefactora mano y difundíais la devoción y espíritu católico.

Esa vida de incesante trabajo, á pesar del vigor de la juventud, no podía menos de alterar vuestra importantísima salud; y lo fué á tal grado, que pedísteis el retiro. Se os concedió con vivísimo sentimiento de Leopoldo I, quien, en prueba de la mucha estima en que os tenía, os confirió el Gran Cordón de su Orden, y os hizo portador de un interesante pliego cerrado, que debíais poner en manos del Santo Padre.

Volvisteis á Roma. El Señor Gregorio XVI recibió de vos el pliego aquel cerrado; se enteró de él, y os dijo: "El Rey de los Belgas elogia vuestro carácter, vuestras virtudes, vuestros servicios, y pide para vos una cosa que os concederé, si, de buen grado, la púrpura. Pero he aquí que una diputación de Perugia ha venido á pedirme os confie el gobierno de esa Diócesis: aceptad la silla de Perugia, que pronto recibiréis el Capelo."

Así terminó vuestra ameritadísima misión en Bruselas.

IV.

Pecora tibi sunt? attende
illis. Filii tibi sunt? erudi
illos, et curva illos a pueri-
tia illorum.

(Ecclesi VII, 24, 25).

Fuisteis, pues, preconizado Arzobispo, Obispo de Perugia el 19 de Enero de 1846 y creado al mismo tiempo Cardenal reservado *in petto*.

Ansiosa os esperaba la grey que el Señor había puesto bajo vuestro cuidado, y os recibió solemnemente el 26 de Julio, día que escogisteis para tributar un recuerdo á la grata memoria de vuestra piadosa madre, la Señora Doña Ana Prospero.

Treinta y dos años era el período que el Señor había destinado para que rigierais aquella Diócesis; y extractando, á largos rasgos, las esclarecidas páginas de ese laborioso episcopado, digo que asististeis en Asís al hallazgo del cuerpo de Santa Clara, que embellecisteis vuestra Catedral y coronasteis en ella solemnemente á María Santísima de las Gracias; que á vos debió el pueblo el remedio en aquella escasez de víveres de 1854; que vuestro Seminario, predilecto en vuestra solicitud, progresó notablemente, reformándolo desde luego en la disciplina y estudios; y que fundasteis, en esa afortunada Diócesis, la Congregación de Lugares píos, el Santuario del Puente de la Piedra, la casa de Huérfanos con los Hermanos de la Misericordia, el Conservatorio de la Obra pía para los jóvenes en peligro, el nuevo Asilo de mujeres, el Gineceo de Santa Ana encomendándolo á las Hermanas del Sagrado Corazón, los Jardines de San Felipe para enseñar el Catecismo á los niños, la Academia científica de Sto. Tomás de Aquino, la Obra pía para redimir del servi-

cio militar á los clérigos, las Instrucciones catequísticas, la Asociación de San Joaquín para eclesiásticos indigentes; consagrasteis, con toda solemnidad y por medio de una Pastoral, vuestra ciudad y Diócesis al Sagrado Corazón de Jesús; promovisteis y difundisteis la Tercera Orden de San Francisco; construisteis de nuevo treinta y seis iglesias, restaurasteis y modificasteis muchas otras, dejando seis más en construcción.!

¿Y qué decir de vuestros innumerables y luminosos escritos? ¿Cómo descender siquiera al extracto de las gravísimas é importantes materias que en todos ellos tratasteis para instrucción de vuestro clero y fieles, y en que disteis á conocer una elevada sabiduría y gran firmeza y energía en la defensa de los derechos de la Iglesia, principalmente en la época luctuosa de las tres revoluciones que presenciasteis? Con dolor, pues, me veo precisado á únicamente decir que no cesasteis de escribir sino hasta diez días antes de vuestra exaltación al Pontificado, publicando vuestra última Pastoral sobre la Iglesia y la Civilización. ¡Verdaderamente como se ha dicho, ese vuestro laboriosísimo cuanto glorioso episcopado fué muy digno de uno de aquellos Obispos de los primitivos tiempos de la Iglesia!

V.

Ubi autem est humilitas,
ibi et sapientia... et gloriam
praecedat humilitas.

(Prov. XI. 2. IV. 33).

Creado Cardenal *in petto* por el Sr. Gregorio XVI cuando fuisteis nombrado Arzobispo Obispo de Perugia, siete años después, debido al fallecimiento del Santo Padre y á la difícil época que siguió, recibisteis del gran Pío IX la púrpura Cardenalicia, en 25 de Diciembre de 1853.

Sucesivamente fuisteis nombrado miembro de las Congregaciones de Ritos, Disciplina é Inmunidad eclesiástica. Permanecisteis, sin embargo en Perugia, pues, como lo dice la historia, el inmortal Pío IX tenía á gran desgracia privar á esa Diócesis de tan buen Obispo; pero al fin, y presintiendo su fallecimiento, no quiso el Santo Padre bajar al sepulcro sin dejar á la Iglesia quien la gobernara en la peligrosísima época de *Sede Vacante*, y fuisteis nombrado Camarlengo, en sustitución del Emmo. Angelini que había fallecido, en Septiembre de 1877, siendo ya preciso trasladaros á Roma.

Ni vuestra humilde estancia en la capital del Mundo, ni el humildísimo género de vida que llevabais y que habíais llevado siempre, fueron bastantes para ocultar las eminentísimas cualidades de virtud y sabiduría que os hicieron dar á conocer por uno de los más distinguidos miembros del Sacro Colegio, y que en vos se cumpliera aquello de San Bernardo, quien, al enumerar las dotes que adornar debían á los Cardenales, decía: "Sint compositi ad mores, probati ad sanctimoniam, parati ad obedientiam, mansueti ad patientiam, subjecti ad disciplinam, rigidi ad censuram, catholici ad fidem, fideles ad dispensationem, concordantes ad pacem, conformes ad unitatem. Sint in iudicio recti, in consilio providi, in iudicio discreti, in disponendo industrii, in agendo strenui, in loquendo modesti, in adversitate securi, in prosperitate devoti, in zelo sobrii, in misericordia non remissi, in ocio non ociosi, in hospicio non dissoluti, in convivio non effusi, in cura rei familiaris non anxii, aliene non cupidi, suae non prodigi, ubique et in omnibus circumspecti."

A vuestra humildad, pues seguir debía la gloria excelsa del Pontificado.

VI.

Ego feci in coelis ut oriretur lumen indeficiens, et sicut nebula texi omnem terram.

(Eccli. XXIV. 6).

El presentimiento del Santo Padre iba á cumplirse. Llegó, por fin, el día aciago, tan temido por los católicos como esperado con ansiedad por los enemigos de la Iglesia. La siempre gloriosa historia de los Pontífices aumenta sus páginas de oro con el venerando é inmortal nombre de Pío IX el grande, cuya alma santa voló á las mansiones celestiales, y la Iglesia quedó sin esposo . . .

Enterrado el Papa, el Pontificado debería serlo igualmente según unos; pero más perspicaces otros, trabajado habían años antes para que el electo fuera quien transigiese con la revolución. Mas el Señor, que vela por su Iglesia, prometido había que las puertas del infierno no prevalecerían contra ella, y se burla de unos y otros. El rey usurpador, interesado más que nadie en la elección, cuenta con la fuerza de las armas, con el fanatismo diabólico de los masones y con el apoyo de los gobiernos; pero la Iglesia, abandonada y desvalida, en el centro de sus implacables enemigos, exclama, llena de confianza: "Laeva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur me (Cant. II, 6). En efecto, el brazo del Omnipotente se alzó; abrazó á su esposa y hundió en el polvo las maquinaciones de Satanás. Pronto se oyó una majestuosa voz, que decía al Mundo todo: "Anuntio vobis gaudium magnum: Papam habemus." La grata nueva difundióse por toda la tierra con la velocidad del rayo, y de toda la tierra se elevó un grito de júbilo: "Lux orta est justo, et rectis corde laetitia," y fué bendito y alabado el nom-

bre del Señor. Sí, *la luz brilló en el Cielo* y la Iglesia dejó su luto para cubrirse de gala.

¿Y quién fué el nuevo esposo que el Señor diera á su Iglesia? ¿Quién el esclarecido Pastor que regir debiera al rebaño de Jesucristo? Setecientos treinta y cinco años antes había sido anunciado por S. Malaquías, designándolo con el nombre *Lumen in coelo*, profecía maravillosamente confirmada por el radiante cometa y el arco-iris que se ostentan en el fondo azul del blasón que usaba la ilustre familia del elegido; el egregio Arzobispo Obispo de Perusa, á quien el magno Pío IX, animado de un espíritu profético, le anunció veinticinco años antes, que estaba llamado á ceñir la tiara: aquel Emmo. Cardenal, cuya majestad imponente al administrar en 1870, el Bautismo y Comunión á una noble familia convertida, hizo exclamar á los Obispos presentes: "¡Qué hermoso Papa sería!" aquel mismo Emmo. Cardenal, de quien Urbano Rattazzi, ministro del rey usurpador, escribía, poco antes del fallecimiento del inmortal Pío IX: "Es este un hombre de innegable mérito que me ha preocupado esa elección me daría mucho en que pensar Su firmeza indomable, ó mejor dicho, *casi feroz*, afirma perentoriamente que sería incapaz de plegarse á ninguna exigencia" Sí, erais vos mismo ese hombre de firmeza indomable, *casi feroz*, como la del león; por que preciso era que á un león mandara Dios para salvar á su rebaño de los lobos que le amenazaban, y á vos León XIII, veneramos como al Vicario de Jesucristo que sois en la tierra.

Subíais al trono, sí, pero en ese trono os esperaban aquellas mismas cadenas que habían sido el glorioso martirio del Santo Pontífice que victorioso bajaba al sepulcro. No lo ignorabais, por que las veíais; y bien conocíais que vuestro porvenir era aquel *Lavoravi in gemitu meo . . . lacrymis meis stratum meum rigabo* del Santo Rey David. Sin embargo, lo aceptasteis; y al pronunciar el *fiat voluntas tua*, salvabais

en aquellos angustiosos momentos, á la Iglesia y al Mundo todo, sacrificándoos así al Señor, cuya voz oíais en lo íntimo de vuestro corazón que os decía: "Intellectum tibi dabo, et instruam te in via hac, qua gradieris: firmabo super te oculos meos (Ps. XXXI, 8)."

Elevado por el Señor á tan inconmensurable altura, dirigís vuestra mirada al Universo, y visteis ah! visteis la nave de Pedro azotada por furiosa tempestad; montones de ruinas sembrados acá y acullá por asoladora guerra, y á vos mismo os visteis entre prisiones, como lo estaba el mártir vuestro predecesor. Cerca de vos estaba el rey que os apriionaba, más allá, gobiernos declaradamente enemigos, y después, Reyes y Emperadores, cuya falsa política protegía á aquél y ayudaba á estos. En Roma misma, y como en Roma en la mayor parte de las naciones, inclusa nuestra desgraciada México, veíais desprestigiada y pisoteada la autoridad de la Iglesia, perseguidos y vejados los sacerdotes, disueltas las órdenes religiosas y dilapidados los bienes eclesiásticos que servían al culto, al amparo de los desgraciados y para el sostenimiento de institutos religiosos, escuelas, colegios y casas de beneficencia, y los templos y conventos destinados ahora á usos profanos y aún inmorales, ó regalados á propagandistas de falsos cultos. Presenciabais, sí, y con gran dolor, que se os arrebatava á la juventud para pervertirle el corazón y el entendimiento; y que una prensa impía y licenciosa, amparada y bien protegida, difundía, en distintas formas y profusamente las falsas doctrinas, calumnias y denuestos contra el venerable clero, sin respetar ni aún lo más sagrado, causando así los mayores estragos en la fe y costumbres. Veíais minado en sus fundamentos el orden social, disuelto el vínculo sagrado del matrimonio, y ¿pero adonde iría, Señor; si terminar pudiera el espantoso cuadro que se os presentaba?

Falaz siempre el liberalismo, olvidó, por que así le conve-

nía, el engañoso grito de *independencia*, con que atiza el fuego de las revoluciones, y levantó en Italia el de *unión*, no, ciertamente, para unir á los pueblos, sino para arrebatar á la Santa Sede, por el *derecho de conquista* de que se muestra hipócritamente mortal enemigo, el dominio temporal, y con ello quitar al Soberano Pontífice, objeto principal, su independencia y libertad de acción para oponerse al desbordamiento de ese torrente revolucionario, que todo lo ha trastornado en el orden moral, religioso y científico. Se quería, pues, á un Pontífice súbdito, subyugado, que se rindiera sumiso á las exigencias del usurpador y de las sectas.

Tan impío y loco pensamiento se estrelló siempre contra el ánimo esforzado del gran Pío IX; y ahora se quería, ya que no se consiguiera el fin y término del Pontificado, al menos un Papa que saliera del *statu quo*, un Papa accesible, esto es, un Papa católico-liberal. Unos, como Ratazzi, nada esperaban de vos, pero mucho se prometían otros de ese vuestro afable y amabilísimo trato; como si éste se opusiera al fiel cumplimiento de sagradísimas obligaciones. No se hizo esperar tanto el desengaño, pues pronto se vió que Pío IX vivía en León XIII, y que León XIII era Pedro, aquel mismo Pedro, quien, por intransigente é inaccesible, había sido crucificado, y sobre quien Jesucristo edificó su Iglesia.

En efecto, vuestra Encíclica *Inscrutabili Dei* fué el primer rugido lanzado al Mundo para avisarle que en vigilia estaba el Centinela de Israel. En ella considerasteis á la Iglesia en sus relaciones con la sociedad; y desde luego los revolucionarios vieron á un León al frente; y el rebaño de Jesucristo, esparcido por todo el orbe, supo que era guardado y defendido por un León. *Et clamavit Leo: Super speculam Domini ego sum, stans jugiter per diem: et super custodiam meam ego sum, stans totis noctibus.* (Isai. XXI, 8).

En el centro de feroces enemigos, á todo dispuestos, y

amenazado muy de cerca, la prudencia os aconsejaba que callarais y no comprometierais más esa dolorosa situación. Pero bien conocisteis que esa prudencia era la engañosa del siglo; y dando oídos á la voz del Señor, que os decía: "Noli timere, sed loquere, et ne taceas (Act. XVIII, 9)", pronto vuestra sabiduría brilló de nuevo, pulverizando al socialismo en vuestra inmortal Encíclica *Quod Apostolici*. Atacado el error en sus trincheras, reforzasteis el campo católico, estableciendo la unidad en los estudios filosóficos, é hicisteis brillar, en los colegios y universidades, con vuestra nunca bien ponderada Encíclica *Aeterni Patris*, la luz refulgente del Angélico Doctor Sto. Tomás de Aquino. Deshicisteis después los errores de las sectas sobre matrimonio con la *Arcanum divinae*; y en seguida, con la *Diuturnum illud*, defendisteis, en bien de los gobiernos, el principio de autoridad y sostuvisteis las relaciones que deben unir á éstos con la Santa Iglesia. Atendisteis en la *Sancta Dei* á la propagación de la fe; y para impetrar los auxilios del Señor, vuestra ardentísima devoción os inspiró las relativas á los Jubileos extraordinarios, la *Auspicato concessum* con motivo del Centenario de San Francisco de Asís, la *Constitución Apostólica* sobre su Tercera Orden secular, y las piadosísimas *Supremi Apostolatus* y *Superiore anno* acerca de la devoción del Rosario, en que ordenabais su rezo público y solemne en el mes de Octubre, prorrogándolo indefinidamente por el Decreto *Urbis et Orbis*. En la Encíclica *Humanum genus*, muy aplaudida y victoreada, disteis á la masonería con mano firme y segura, terrible y mortal golpe, y en la no menos aplaudida *Inmortale Dei*, llamasteis sabiamente la atención de los gobiernos sobre la constitución cristiana de los Estados. Habéis hablado directamente, en otras Encíclicas y Cartas, á los Obispos de Italia, á los de Prusia, á los de Turín, Vercelas, Génova y Milán, al Emmo. Cardenal Guibert, Arzobispo de Paris, al Emmo. Dechamps, Arzobispo de Manilas, y demás

Obispos de Bélgica, á los Prelados de Sicilia, á los de Irlanda, Inglaterra, Hungría. . . . habéis hablado, en fin, á todo el orbe; por doquier ha resonado vuestra venerable voz, siempre infundiendo á unos el valor, llamando á otros al combate, excitando á los tibios y perezosos, estimulando y apoyando al escritor católico é iluminando á todos! Sí, nada os ha detenido; ni las cadenas que os aprisionan; ni las pasiones ardientes de los sectarios, ni las maquinaciones criminales de los masones, ni los redoblados é inmediatos tiros del rey usurpador, ni la guerra de los gobiernos enemigos, ni la indiferencia de aquellos otros, fríos espectadores, de quienes bien podéis quejaros con el Santo Rey David: "Et qui juxta me erant, de longe steterunt." Es que en vuestro pecho no cabe la prudencia mundana, es que vuestro carácter, casi feroz, no admite transacciones, es que un León rige al Mundo! es que la luz brilla en el Cielo! y la luz no consiente tinieblas, "Quoniam Deus lux est, et tenebrae in eo non sunt ullae" (1^a Joan I, 5").

VII.

Ecce servus meus, suscipiam eum;
electus meus, complacuit sibi in illo
anima mea; dedi spiritum meum super
eum, judicium gentibus proferet.....

Et dedi te in foedus populi, in lucem gentium.

(Isai. XLII, 1, 6).

He ahí las glorias, de mi Padre: he ahí las glorias mías, pues escrito está: "et gloria filiorum patres eorum (Prov. XVII, 6").

¿Y lo he dicho todo? Ah, no! Ese gloriosísimo período de cincuenta años, tan desafortunadamente recorrido por ésta mi pobre pluma, dará á otros más afortunados material bastante para escribir volúmenes enteros. En efecto, bien se com-

prende que muy breve he sido al encomiar su gobierno político, en Benevento, Spoleto y Perusa, pues que el amor movió al pueblo entero para que se organizara en procesiones públicas de penitencia, á fin de alcanzar la salud de su gobernante, á quien un Rey rindió sus homenajes; y muy relevantes sus méritos para que el Santo Padre elevara á un joven sacerdote á la categoría de Príncipe de la Iglesia, y le confiara la honrosa é importantísima misión de Bruselas, en cuyo fiel desempeño mucho más digno de referirse debió haber pasado para que otro Rey lo honrara con el Gran Cordón de su Orden, y se le diera el gobierno inmediato de una Diócesis, creándosele al mismo tiempo Cardenal. ¿Y qué he dicho de su verdaderamente apostólico episcopado de Perusa? Nada en comparación de lo que fundó su timbre de gloria para ser presentado al Sacro Colegio, y ascender á la alta dignidad de Camarlengo, primera autoridad de la Iglesia en *Sede Vacante*, y de ahí al Supremo Pontificado. Y mi corazón se cubre de tristeza y el ánimo me falta para terminar estos renglones al ver cuán vana ha sido mi pretensión, pues ni á grandes rasgos siquiera he mencionado las glorias de mi Padre, que lo circuyen en el altísimo solio á que lo eleva el Omnipotente.

Sí, nada he dicho, pero maravílese el Mundo todo al contemplarlo. Enconosos y multiplicados enemigos, abusando del poder, han pretendido reducirlo á la simple condición de ciudadano; y exclaman, henchidos de gozo, como si el triunfo coronara sus frentes, que el Papa de hoy es un Papa abandonado y desvalido, sin poder, ni influencia, ni prestigio, y no el Papa de aquellos tiempos, que disponía de tronos y naciones.

Ah, sí; pero no para el Papa de aquellos tiempos, sino para el Papa de hoy el inspirado Isaias escribió: "Y á tí vendrán y se postrarán los hijos de aquellos que te abatieron, y besarán las huellas de tus pies todos los que te insultaban,